



LA LLAMADA DE
CTHULHU

LOVECRAFT / BARANGER

L A S H I S T O R I A S D E
H O W A R D P H I L L I P S

LOVECRAFT

I L U S T R A D A S P O R
F R A N Ç O I S B A R A N G E R

*Les dedico este libro a mi esposa y a mi hijo, Sophie y Elliot,
que me apoyan y me soportan cada día.*

The Illustrated Call of Cthulhu

Ilustraciones y maqueta © François Baranger, 2017

© Traducción de Javier Calvo Perales, 2012

© Editorial Planeta, S.A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0646-7

Depósito legal: B. 1.254-2019

Fotocomposición: iScriptat

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Una novela de
H. P. LOVECRAFT

Ilustraciones de
FRANÇOIS BARANGER

LA LLAMADA DE
CTHULHU

I

EL HORROR DE ARCILLA

Lo más misericordioso que existe en el mundo, creo yo, es la incapacidad de la mente humana para establecer relaciones entre los datos que contiene.

Vivimos en una plácida isla de ignorancia en medio de los negros mares de la infinitud, y no hemos sido concebidos para viajar muy lejos. Las ciencias, cada una de las cuales avanza en su propia dirección, apenas nos han afectado hasta el momento, pero algún día la conjunción de esos conocimientos disociados abrirá unos panoramas tan aterradores de la realidad, y de nuestra espantosa posición en su seno, que bien la revelación nos hará enloquecer, bien huiremos de esa luz letal para refugiarnos en la paz y la seguridad de una nueva era de tinieblas.

Los teosofistas han hecho conjeturas acerca de la sobrecogedora grandiosidad del ciclo cósmico en cuyo seno nuestro mundo y la raza humana constituyen meros incidentes transitorios. Han llevado a cabo insinuaciones sobre la supervivencia de ciertas cosas extrañas en unos términos que, de no estar enmascarados por un insulso optimismo, helarían la sangre. Pero no es de ellos de donde vino el único vislumbre de los eones prohibidos que me aterra cada vez que regresa a mi mente y me enloquece cuando se me aparece en sueños. Igual que todos los vislumbres aterradores de la verdad, el mío fue a raíz de la coincidencia accidental de varios elementos: en este caso un viejo artículo de periódico y las notas de un académico ya fallecido. Confío en que nadie más vuelva a

relacionar esas cosas; ciertamente, si yo vivo, jamás proporcionaré de forma deliberada la clave para vincularlas. Creo que también el académico del que hablo tuvo intención de guardar silencio sobre la parte que él conocía, y que habría destruido sus notas de no haber sido porque la muerte le sobrevino de repente.

Mi conocimiento del caso se remonta al invierno de los años 1926 y 1927, cuando acaeció la muerte de mi tío abuelo George Gammell Angell, profesor emérito de Lenguas Semíticas en la Universidad de Brown, en Providence, Rhode Island. El profesor Angell, una reconocida autoridad en inscripciones de la Antigüedad, con frecuencia recibía a directores de destacados museos; por consiguiente, su paso a mejor vida a la edad de noventa y dos años sería un hecho que muchos recordarían. En el ámbito local, el interés se vio incrementado debido al misterio que rodeó su muerte. El profesor había sufrido un ataque mientras regresaba del ferry de Newport; se había desplomado de repente, según los testigos, tras recibir el empujón de un negro con pinta de marinero que acababa de salir de uno de los oscuros patios de aspecto sospechoso que había en la abrupta loma que servía de atajo entre los muelles y la casa del difunto en Williams Street. Los médicos no supieron encontrar ningún trastorno visible y, perplejos, tras mucho debatir, llegaron a la conclusión de que había sido alguna misteriosa lesión cardíaca, inducida por el fatigoso ascenso a una colina tan escarpada para un hombre tan anciano, lo que había precipitado su final. Por entonces no vi razón alguna para discrepar de tal conclusión, pero últimamente me siento inclinado a plantearme preguntas... como poco.



CAPSAIC
MEDIUM
CIGARETTES



En calidad de heredero y albacea de mi tío abuelo, que murió viudo y sin hijos, se esperaba de mí que revisara sus documentos con exhaustividad;

fue con ese propósito que trasladé todos sus archivos y cajas a mis aposentos de Boston. Gran parte del material que reuní estaba destinado a ser publicado por la American Archaeological Society, pero hubo una caja que me resultó en exceso desconcertante, hasta el punto de que sentí gran reticencia a mostrarla a otras personas. Estaba cerrada, y no di con la llave hasta que se me ocurrió examinar el llavero personal que el profesor siempre llevaba en el bolsillo. Entonces pude abrirla, pero cuando lo hice me encontré paradójicamente con otra barrera mayor y cerrada con más empeño. Porque, ¿cuál podía ser el significado del extraño bajorrelieve de arcilla y de la colección de apuntes, divagaciones y recortes inconexos que encontré en el interior? ¿Acaso mi tío, en sus últimos años, había empezado a creer en las imposturas más frívolas? Decidí buscar al excéntrico escultor responsable de aquel aparente trastorno de la paz espiritual de un anciano.

El bajorrelieve era un tosco rectángulo de menos de una pulgada de grosor y unas cinco o seis de superficie. Saltaba a la vista que era de factura moderna, sin embargo, ni la atmósfera ni las sugerencias de sus caracteres tenían nada de moderno, porque aunque los caprichos del cubismo y el futurismo son muchos y descabellados, casi nunca consiguen reproducir esa regularidad críptica que acecha en la escritura prehistórica. Y, en efecto, daba la impresión de que el grueso de aquellos caracteres constituía alguna clase de escritura, aunque mi memoria, pese a mi gran familiaridad con los papeles y las colecciones de mi tío, no consiguió identificar en absoluto aquella modalidad particular, ni siquiera adivinar sus afiliaciones más remotas.

Por encima de aquello que parecían jeroglíficos, había una figura de intención evidentemente pictórica, aunque debido a su ejecución impresionista no resultaba fácil hacerse una clara idea de su naturaleza.

Parecía una especie de monstruo, o bien un símbolo que representaba a un monstruo, cuya forma únicamente una fantasía enferma podría concebir.

Si digo que mi imaginación extravagante captó imágenes simultáneas de un pulpo, un dragón y una caricatura humana, no estaría siendo infiel al espíritu de la cosa. Una cabeza gelatinosa y con tentáculos coronaba un cuerpo grotesco y con escamas provisto de unas alas rudimentarias, aunque era el contorno general del conjunto lo que hacía realmente aterradora la figura, tras la cual se vislumbraba vagamente un fondo arquitectónico ciclópeo.

Con la salvedad de una pila de recortes de prensa, los documentos que acompañaban aquel objeto extravagante eran de puño y letra reciente del profesor Angell, y no tenían pretensión alguna de estilo literario. El que parecía ser el documento principal llevaba como epígrafe:

«CULTO A CTHULHU»,

escrito en laboriosa letra de imprenta para facilitar la lectura de tan inaudita palabra. El manuscrito estaba dividido en dos secciones, la primera de las cuales se titulaba: «1925: Sueño y ejercicios oníricos de H. A. Wilcox, con domicilio en Thomas Street, n.º 7, Providence, Rhode Island». Y la segunda: «Testimonio del inspector John R. Legrasse, con domicilio en Bienville Street, n.º 121, Nueva Orleans, Luisiana, en la reunión de 1908 de la A. A. A: Notas sobre el mismo y relato del profesor Webb». Los demás papeles manuscritos eran anotaciones breves, algunos de ellos transcripciones de los extraños sueños de una serie de personas, mientras que otros citaban libros y revistas sobre teosofía (principalmente la *Atlántida y la desaparecida Lemuria* de W. Scott-Elliot), y los restantes eran comentarios sobre sociedades secretas supervivientes de tiempos remotos y cultos escondidos, incluyendo referencias a pasajes de tratados de mitología y antropología como *La rama dorada* de Frazer y *El culto de la brujería en Europa Occidental* de la señorita Murray. Los recortes aludían en su mayoría a extravagantes enfermedades mentales o brotes de locura o manía colectiva acontecidos en la primavera de 1925.

La primera mitad del manuscrito principal contaba una historia muy peculiar. Parece ser que el 1 de marzo de 1925, un joven flaco y moreno de aspecto excitado y neurótico visitó al



profesor Angell llevándole el singular bajorrelieve de arcilla, que por entonces estaba recién hecho y todavía húmedo. Su tarjeta de visita lo identificaba como Henry Anthony Wilcox, y mi tío lo identificó como el primogénito de una excelente familia a la que él conocía vagamente, que había estudiado escultura en la Rhode Island School of Design y vivía por su cuenta en el Edificio Fleur-de-Lys, cerca de dicha institución. Wilcox era un joven precoz de genialidad notoria pero enorme excentricidad, y ya desde niño había llamado la atención por las extrañas historias y los sueños estrambóticos que solía narrar. Él se definía a sí mismo como «psíquicamente hipersensible», pero las severas gentes de aquella antigua ciudad comercial lo describían simplemente como «un chico raro». Muy poco dado a relacionarse con los de su clase, había ido desapareciendo gradualmente de la escena social y ya no le quedaban más conocidos que un pequeño grupo de estetas de otras localidades. Hasta el Providence Art Club, ansioso por preservar su conservadurismo, había acabado por considerarlo una batalla perdida.

En el curso de su visita, decía el manuscrito del profesor, el escultor había pedido repentinamente a su anfitrión que aplicara sus conocimientos arqueológicos en identificar los jeroglíficos del bajorrelieve. Hablaba en un tono fantasioso y altivo que sugería afectación y desapego, por lo que mi tío le respondió con cierta sequedad, teniendo en cuenta el hecho evidente de que la tablilla, recién hecha, implicaba parentesco con cualquier cosa

salvo con la arqueología. La réplica del joven Wilcox, que impresionó lo bastante a mi tío como para recordarla y transcribirla literalmente, hizo gala de una fantasía poética que debió de caracterizar la conversación entera y que a mí, más tarde, llegó a parecerme muy típica de él:

«Es nueva, en efecto, porque la hice yo mismo anoche durante un sueño de ciudades extrañas, pero los sueños son más antiguos que la melancólica Tiro, o que la contemplativa Esfinge, o que Babilonia con sus jardines circundantes».

Fue entonces cuando se puso a contar la intrincada historia que de pronto despertó en mi tío un recuerdo dormido y suscitó su interés febril. La noche anterior se había producido un ligero temblor sísmico, el más considerable que se sentía en Nueva Inglaterra desde hacía años, y la imaginación de Wilcox se había visto intensamente afectada.

Al retirarse a dormir, había tenido un sueño sin precedentes protagonizado por enormes ciudades ciclópeas, bloques titánicos y monolitos que se elevaban hacia el cielo, todo ello lleno de limo verde e impregnado de un horror latente.

Las paredes y pilares estaban cubiertos de jeroglíficos, y de algún punto indeterminado situado más abajo había llegado una



voz que no era tal, sino una percepción caótica que únicamente la fantasía podía convertir en sonido y que él intentó transcribir por medio de un embrollo de letras casi impronunciable:

«*Cthulhu fhtagn*».

Aquel galimatías verbal era la clave del recuerdo que excitó y trastornó al profesor Angell. A continuación mi tío interrogó al escultor con minuciosidad científica y se puso a estudiar intensa, casi frenéticamente, el bajorrelieve en el que el joven se había sorprendido a sí mismo trabajando la noche anterior, muerto de frío y vestido tan sólo con una camisa de dormir, cuando el despertar le había sobrevenido desconcertantemente. Mi tío achacó a su avanzada edad, según contaría después Wilcox, el hecho de haber tardado tanto en reconocer los jeroglíficos y el diseño pictórico. El joven consideró extemporáneas muchas de sus preguntas, sobre todo las que intentaban relacionarlo con extraños cultos o sociedades secretas, y tampoco acertó a entender las repetidas promesas de silencio que le ofreció el anciano a cambio de ser admitido como miembro en algún cuerpo religioso místico o pagano muy extendido. Cuando el profesor Angell por fin se convenció de que el escultor no conocía culto alguno ni tampoco ningún sistema de saberes crípticos, pasó a asediar a su visitante con demandas de informes sobre sueños que tuviera en el futuro. Su insistencia rindió fruto, porque después de

la primera entrevista el manuscrito registra visitas del joven a diario, durante las cuales éste relataba fragmentos asombrosos de imaginería nocturna invariablemente centrada en algún panorama ciclópeo de piedras oscuras y chorreantes, donde una especie de voz o inteligencia subterránea bramaba monótonamente mediante enigmáticos impactos sensoriales indescriptibles salvo como jerigonza. Los dos sonidos que se repetían con mayor frecuencia eran los que se podrían transcribir como «Cthulhu» y «R'lyeh».

El 23 de marzo, continuaba el manuscrito, Wilcox no se presentó, y tras preguntar en su domicilio se supo que le habían sobrevenido unas fiebres raras y habían tenido que llevarlo a casa de su familia en Waterman Street. Se había pasado toda la noche gritando, despertando a otros muchos artistas del edificio, y desde entonces se había debatido entre la inconsciencia y el delirio. Mi tío telefoneó de inmediato a su familia y desde aquel momento se dedicó a seguir el caso de cerca, visitando a menudo la consulta en Thayer Street del doctor Tobey, tras enterarse de que era éste quien trataba al paciente. La mente febril del joven, por lo visto, presentaba una serie de extrañas obsesiones, y de vez en cuando el médico se estremecía al hablar de ellas. No solamente incluían la repetición de lo que él ya había soñado en ocasiones anteriores, sino que además se centraban descabelladamente en una criatura gigantesca, «de varias millas de altura», que caminaba o se desplazaba pesadamente.